Borja Ortiz de Gondra

TEATRO REUNIDO

Vol. 2

Biblioteca Borja Ortiz de Gondra, 3

PUNTO DE VISTA EDITORES

Biblioteca Borja Ortiz de Gondra, 3

Colección ÓmnibusTeatro, 26

© De los textos, Borja Ortiz de Gondra
El barbero de Picasso, 2006 / *Miguel de Molina, la copla quebrada*, 2007 / *Prodigios*, 2009 / *Duda razonable*, 2009 / *Memento mori (cámara oscura)*, 2010 / *Calpurnia (sueño, premonición y muerte)*, 2011 / *Identidad*, 2012 / *Tres días de diciembre*, 2014

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2025
Todos los derechos reservados.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura

MINISTERIO DE CULTURA
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO, DEL CÓMIC Y DE LA LECTURA

Lectura infinita
#pactoporlalectura

Primera edición: junio, 2025

Publicado por Punto de Vista Editores
C/ Mesón de Paredes, 73
28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com
puntodevistaeditores.com
@puntodevistaed

Director de la colección: Felipe Díez
Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego
Fotografía de solapa del autor: Lisbeth Salas

ISBN: 979-13-87624-13-2
Thema: DD
Depósito legal: M-9900-2025

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

Obras

El barbero de Picasso 9

Miguel de Molina, la copla quebrada 77

Prodigios 151

Duda razonable 199

Memento mori (cámara oscura) 259

Calpurnia (sueño, premonición y muerte) 317

Identidad 341

Tres días de diciembre 381

El barbero de Picasso

(2006)

El barbero de Picasso se estrenó en el
Teatro Español de Madrid el 5 de junio de 2025
con el siguiente reparto y equipo artístico:

REPARTO
(por orden alfabético)
Mar Calvo
José Ramón Iglesias
Antonio Molero
Pepe Viyuela

EQUIPO ARTÍSTICO
Dirección: Chiqui Carabante
Diseño de espacio escénico: Walter Arias
Diseño de iluminación: Benito Jiménez
Diseño de vestuario: Salvador Carabante
Ayudante de dirección: Pablo M. Bravo

PRODUCCIÓN
Teatro Español y Amor al Teatro

Personajes

Eugenio Arias, 40 años

Pablo Picasso, 65 años

Jacqueline Roque, 25 años

Valdés, 40 años

Espacio único

La peluquería de Eugenio Arias en Vallauris (Francia) a principios de los años 1950.

I

Salón de peluquería Arias, en Vallauris (Francia). Arias está barriendo pelo. Por la radio se escucha una canción francesa de los años cincuenta. Suenan las señales horarias de las cinco de la tarde y empieza el boletín de las noticias. Arias termina de barrer, da la vuelta al cartel de «Fermé» *en la puerta, se quita la bata de barbero y saca una tartera y una bota de vino. Las deposita en uno de los mostradores y empieza a buscar otra emisora en el dial de la radio, hasta que da con la retransmisión de una corrida de toros en francés. En ese momento se abre la puerta de la barbería y entra Picasso.*

Picasso. Buenos días

Arias. *Bonjour ! C'est fermé, monsieur.*

Picasso. Pero ¿cómo que está cerrado?

Arias. *Vous ne savez pas lire ?*

Picasso. *Mais il n'est que cinq heures !*

Arias. *Et alors ?*

Picasso. *C'est tôt pour fermer.*

Arias. *Eh bien, c'est comme ça : aujourd'hui, on ferme à cinq heures. Revenez demain, à neuf heures je suis déjà ici.*

Picasso. *Je n'habite pas en ville, vous ne pourriez pas faire une exception ?*

Arias. *Une exception, une exception ! C'est qui ? Le Pape en personne, qui veut avoir ses cheveux coupés ?*

Picasso. *Quelqu'un de plus important que le Pape !*

Arias. *Désolé, mais je suis communiste, moi !*

Picasso. ¡Coño! *Moi, aussi.*

Arias. ¿Coño?

Picasso. *Oui*, coño.

Arias. ¿«Coño», *vous dîtes ?*

Picasso. *Hé oui*, coño. *C'est de l'espagnol, ça.*

Arias. *Ah, de l'espagnol!* ¡Coño!

Picasso. *(Exasperado.)* Si, coño, ¡coño de Logroño! *Mais alors, quelle importance ? Vous coupez les cheveux à un camarade communiste ou pas ?*

Arias lo contempla un momento de arriba abajo, en silencio. Después va a ponerse de nuevo la bata de barbero. Apaga la radio.

Picasso. *Laissez la radio, si vous voulez.*

Arias. No, hombre, no, que me distrae y cortar el pelo es algo muy serio.

Picasso. ¡Coño! ¿Español?

Arias. Coño... ¡de Buitrago de Lozoya! Ande, siéntese.

Picasso se sienta en uno de los sillones de barbero. Arias le pone la capa de peluquería y va a empezar a cortarle el pelo. Pero Picasso saca primero un botecito y lo deposita en el mostrador.

Picasso. *(Indicando el botecito.)* Todo lo que vaya cortando, lo mete aquí.

Arias. ¿Qué?

Picasso. El pelo, que lo ponga aquí.

Arias. *(Desconcertado.)* El cliente siempre tiene razón...

Arias empieza ahora a cortar el escaso pelo de Picasso, poniendo cuidado en meter todo lo que va cortando en el botecito.

Picasso. ¿Qué estaba escuchando?

Arias. La corrida de Nimes.

Picasso. ¿La dan en la radio?

Arias. Sí, empezaba ahora.

Picasso. ¿Qué ganadería?

Arias. Una francesa.

Picasso. ¿Quién torea?

Arias. Rafita y Rondeño Primero.

Picasso. ¡Un cartel de campanillas! Aunque aquí los toros, la verdad... Estos gabachos los crían como si fueran vacas de leche.

Arias. Sí, no hay que alimentarlos tanto.

Picasso. ¡Exacto! Hay que dejarlos en la dehesa y que corran mucho.

Arias. ¿Y qué me dice de los toreros franceses? Si es que parece que van disfrazados.

Picasso. Una vez, en Arlés, había uno empeñado en llamar la atención del toro, «*Taureau ! Taureau ! Hé ! Viens ici*» le decía y el morlaco, claro, ni caso. Hasta que me levanté y le grité desde la barrera: «¡Háblale en español, que no sabe franchute!». ¡Aquí es imposible que les salga un Dominguín!

Arias. A mí Dominguín...

Picasso. ¿No le gusta?

Arias. ¿Ese finolis?

Picasso. Pero ¿qué le pasa a Dominguín?

Arias. Que tiene demasiada técnica, hombre. Ese torea con la cabeza.

Picasso. ¿Por qué coño todo el mundo tiene miedo de la técnica? ¿No se dan cuenta de que cuanta más técnica se tenga menos hay que preocuparse de ella? En la pintura es lo mismo. Todo el día estoy oyendo hablar de sentimientos, de mostrar la inspiración y qué sé yo cuántas majaderías más. ¡Lo importante es saber de perspectiva, de color, cómo trazar una línea! Luego ya te olvidarás de ello... Pues en el ruedo, igual.

Arias. Pero ¿usted ha visto cómo cita Dominguín al toro?

Picasso. Se adapta a las necesidades de cada uno, nunca lo cita de la misma manera.

Arias. Descarga la suerte.

Picasso. ¡Qué dice! Lo cita con todas las caras de la muleta, de frente, de perfil, de tres cuartos, con el pico...

Arias. ¡Cuando llama al toro, jaleándolo, echa la pierna hacia atrás y así descarga la suerte!

Picasso. ¡Qué sabréis los partidarios de Ordóñez!

Arias. ¡No se meta con Ordóñez!

Picasso. ¡No le llega a las suelas de los zapatos a Luis Miguel!

Arias. ¡Dominguín es un torero de salón que no sabe ni sostener la muleta!

Picasso. *(Arrancándose la capa de peluquería mientras se levanta enfurecido del sillón y poniendo cuidado de recuperar su botecito de pelo.)* ¡Usted no sabe lo que está diciendo! ¡No tiene ni idea de toros! ¡Y de cortar el pelo, menos aún!

Arias. ¿Que no sé cortar el pelo?

Picasso. ¡Mire qué trasquilones me ha dejado!

Arias. ¡Será que es un corte de pelo cubista!

Picasso. ¿Cómo?

Arias. ¿Me va a decir usted que yo no sé de mi profesión? ¡Usted sí que no sabe de la suya!

Picasso. ¿Qué dice?

Arias. Que será usted famoso, pero no tiene ni idea de pintar y lo que hace son... son... son... mamarrachadas. ¡Eso es, mamarrachadas!

Picasso. Pero ¿usted sabe con quién está hablando?

Arias. ¡Con un falso comunista, pésimo pintor y encima calvo!

Entra Jacqueline en la barbería con un pañuelo en la cabeza y grandes gafas de sol.

Jacqueline. *T'es prêt, Pablo ?*

Picasso. *Devine ce qu'il m'a dit monsieur le Barbier, ici.*

Jacqueline. *Quoi ?*

Picasso. *Que je peins des* mamarrachadas.

Jacqueline. Mama... *quoi ?*

Picasso. Mamarrachadas, garabatos.

Jacqueline. ¿Quién ha dicho eso?

Picasso. Este rapabarbas madrileño.

Jacqueline. Pero ¿usted sabe, señor, con quién está hablando?

Arias. Mire, yo de pintura no entenderé, pero lo que es de peluquería... *(A Picasso.)* ¿Cuántos cortes de pelo ha hecho usted en su vida? ¡Esto

es una técnica que exige mucho arte, señores! ¡Y yo no puedo tirar el cuadro a la basura si no me sale!

PICASSO. Pero el pelo vuelve a crecer. En cambio, si yo estropeo un lienzo, ya no tiene arreglo.

ARIAS. ¿Y se cree que alguien se va a dar cuenta?

JACQUELINE. *Allez, Pablo, allons-y.*

PICASSO. Usted es de los que piensa que lo que yo hago lo puede hacer cualquiera.

ARIAS. Cualquiera, cualquiera, a lo mejor no, pero...

JACQUELINE. *Mais vous êtes fou !* ¿Cómo se atreve?

PICASSO. Hagamos la prueba. Yo le traigo un lienzo en blanco, a ver qué le sale. Pero luego me deja que le corte el pelo yo a usted.

JACQUELINE. ¡Pablo, ya está bien! ¡Vámonos de una vez!

PICASSO. *Non, non, attends, Jacqueline.* ¿Qué, se atreve o no?

Arias enfurruñado, no responde.

PICASSO. ¡Se le va la fuerza por la boca, como a todos los madrileños!

JACQUELINE. *Pablo, assez !* ¡Vámonos ya!

ARIAS. *(A Picasso, retador.)* ¡Trato hecho!

JACQUELINE. *(A Picasso.)* ¿Nos vamos o qué?

PICASSO. *(A Jacqueline.)* No, y siéntate en ese otro sillón. *(A Arias, más retador aún.)* ¿Y a ella? ¿Se atreve a cortarle a ella?

ARIAS. ¡En rodajas, si hace falta!

PICASSO. Pues venga, a ver cuántas morcillitas le saca...

JACQUELINE. *Oh, les espagnols !*

PICASSO. *(A Jacqueline.)* Anda, venga, siéntate.

Picasso pone la capa a Jacqueline y la sienta rápidamente en un sillón de barbero. Arias le empieza a cortar el pelo bajo la atenta mirada de Picasso, que no pierde un movimiento. Al cabo de un momento, Arias no puede más del escrutinio.

ARIAS. Pero ¿qué mira?

PICASSO. Aprendo.

Arias sigue cortando en silencio durante un rato, hasta que Picasso, que no pierde detalle, le interrumpe con su observación.

PICASSO. *(Indicando la frente de Jacqueline.)* Aquí, en la frente, tendría que ir más pegado.

ARIAS. ¿Qué?

PICASSO. Y aquí, en el lateral derecho, tenía que haber sido un poco más largo.

ARIAS. No.

PICASSO. ¿Cómo que no?

ARIAS. ¿No lo ve? Como el volumen no es simétrico, se compensa con el lado izquierdo.

JACQUELINE. ¿Cómo que no es simétrico?

ARIAS. No; fíjese bien, el pómulo lo tiene un poco más bajo de ese lado.

Arias y Picasso contemplan a Jacqueline en el espejo como si examinasen un cuadro.

PICASSO. Ya, pero el óvalo está inclinado y eso la descompensa. ¿No ve que el triángulo que forma la cara...?

ARIAS. *(Interrumpiéndolo, mientras estudia el rostro de Jacqueline en el espejo.)* A ver... ¡Me cago en...!

PICASSO. ¿A que tengo razón?

JACQUELINE. *Moi, je trouve ça très bien.*

ARIAS. *Très bien, très bien, oui,* señora, ¡pero no es perfecto!

JACQUELINE. No se preocupe, hombre. Volverá a crecer.

ARIAS. Sí, volverá a crecer, pero será otro corte. Este ya no tiene arreglo.

JACQUELINE. Nadie verá los defectos.

ARIAS. Los veo yo y eso me basta.

JACQUELINE. Es usted un perfeccionista.

ARIAS. Todas las mañanas empiezo pensando «hoy sí me va a salir el corte impecable» y todas las noches, cuando cierro la barbería, tengo la sensación de que no lo he conseguido.

PICASSO. Cada día hay que volver a empezar. A mí me pasa lo mismo.

ARIAS. *(A Jacqueline, al tiempo que le quita la capa.)* Vuelva usted la semana que viene, a ver qué podemos hacer.

Jacqueline se levanta, va a por su bolso, saca una bolsa de papel de él, se arrodilla y se pone a recoger el pelo que hay por el suelo metiéndolo en la bolsa.

ARIAS. ¡Pero qué hace, señora!

JACQUELINE. *Vous ne le voyez pas ?* Recojo.

ARIAS. Déjelo, mujer, ya lo barreré yo.

PICASSO. No, no, que lo recoja, que lo recoja.

ARIAS. ¡Pero hombre!

JACQUELINE. *On ne sait jamais...*

ARIAS. *Quoi ?*

JACQUELINE. Para qué lo van a usar.

ARIAS. ¿El pelo?

PICASSO. ¡Mi pelo!

ARIAS. ¡Pero si lo he puesto todo en el botecito ese!

JACQUELINE. ¿Has traído el botecito?

PICASSO. Da igual, a lo mejor ha caído algo y se ha mezclado con el de ella.

JACQUELINE. *(Recogiendo todos los pelos que puede.) Ses cheveux son sacrés !* Es el pelo de Picasso.

ARIAS. Pero ¿qué se cree? ¿Que voy a hacer vudú con él?

JACQUELINE. Hay gente que lo compraría, no puede una fiarse de nadie.

PICASSO. Exactamente. Hay mucho chalado por ahí y todos hacen negocio.

ARIAS. *(Irónico.)* No, si tiene usted razón, hay mucho chalado por ahí. Pero vamos, que si usted prefiere llevárselo, eso que no tengo que barrer.

Arias enciende de nuevo la radio, en la que están retransmitiendo la corrida en francés. Recupera la bota de vino y la tartera. Jacqueline se pone en pie y guarda la bolsa de pelos dentro de su bolso.

Arias. *(Tendiéndole la bota de vino a Picasso.)* ¿Gusta?

Picasso. ¡Que si gusto! Traiga acá. *(Le da un tiento larguísimo a la bota ante la exasperación de Jacqueline.)*

Jacqueline. *Pablo ! Tu ne vas pas te mettre à boire du vin et à écouter la radio, maintenant.*

Picasso. *(A Jacqueline.)* Calla, calla, mujer. *(A Arias.)* Póngala un poco más alto, hombre.

Arias sube el volumen de la radio. Ambos se quedan escuchando atentamente al comentarista taurino. Picasso le pasa la bota a Jacqueline.

Jacqueline. Pero Pablo, que yo no sé.

Picasso. ¡Gabacha!

Jacqueline, herida en su amor propio, intenta beber de la bota y termina por derramarse el vino por toda la cara. Picasso ríe al verlo.

Jacqueline. *Merde, alors ! Mais c'est impossible, ce truc !*

Arias le tiende una toalla.

Arias. Tenga, límpiese.

Jacqueline. ¿Por qué los españoles tienen que hacerlo todo difícil? ¿No tienen vasos, o qué?

Picasso. *(Guiñándole un ojo a Arias.)* ¡Tenemos cosas mucho mejores que los vasos! Y de cristal, también.

De repente, en la radio, el comentarista taurino retransmite una cogida violenta del torero. La conversación queda interrumpida mientras los tres escuchan, en suspenso.

II

Unas semanas más tarde. Arias, al teléfono. Jacqueline, sentada en el sillón de barbero, fumando.

Arias. *(Atónito, a Jacqueline.)* Pero ¿una cabra, cabra?

Jacqueline. Sí, *une chèvre.*

Arias. *(A Jacqueline.)* ¡Ah! *(Por el teléfono.)* Una cabra. (...) Eso es, una cabra. No sé, ahora se lo pregunto. *(A Jacqueline.)* ¿Disecada?

Jacqueline. No, no, viva.

Arias. *(Al teléfono.)* Viva, dice. (...) ¿Y yo qué sé? *(A Jacqueline.)* ¿Para qué querría Picasso una cabra viva?

Jacqueline. Es por la otra, Esmeralda, la de la entrada.

Arias. Pero ¿ya tiene una?

Jacqueline. No, hombre, la de la entrada es una escultura.

Arias. ¿Y ahora para qué le gustaría una auténtica?

Jacqueline. Para ver si la realidad se contagia de la metáfora, imagino yo.

Arias. Espere un momento, que esto se lo tengo que repetir aquí al camarada palabra por palabra. *(Al teléfono.)* Quiere la cabra para que contagie la realidad. (...) Pues yo tampoco, hombre. *(A Jacqueline.)* ¿Me lo explica?

Jacqueline. *Voyons*, se trata de la metáfora, ¿no? Dice que la escultura es *une métaphore plastique*, o sea, una metáfora... ¿Cómo se dice? Plástica, eso es: una metáfora plástica. Que no ha de ser un *trompe-l'oeil* sino un *trompe-l'esprit*. ¿Comprende?

Arias. No mucho, la verdad.

Jacqueline. Es complicado, mejor se lo explica él otro día. El caso es que cuando encontró en la basura, ¿cómo se dice?, *une corbeille en osier*.

Arias. ¿Una cesta de paja?

Jacqueline. Eso, una cesta vieja de paja, cuando se la encontró, ahí estaba la metáfora de las costillas de una cabra, y ya no paró buscando desechos para el resto del cuerpo.

Arias. Ya, ya me acuerdo de los comentarios que se hicieron en el pueblo.

Jacqueline. Todo, todo lo que está en la escultura de la cabra se lo encontró en las basuras.

Arias. Pero si ya tiene una que le costó tanto hacerla, ¿para qué quiere ahora otra de verdad? *(Al teléfono.)* Espera un momento, hombre, que ahora te lo cuento todo.

Jacqueline. Dice que... a ver cómo lo explico... no hay que tratar de expresar la naturaleza, ¿no?... lo que hay que hacer es trabajar como

la naturaleza, ¿me sigue? Querrá compararlas, ver cómo reacciona la de verdad ante la otra, ¡qué sé yo! El caso es que lleva semanas empeñado en tener una cabra viva, yo qué le voy a hacer. Ya sabe cómo es Pablo...

ARIAS. Espere, que se lo cuento a Valdés. *(Al teléfono.)* Mira, que hizo una escultura de una cabra con basuras y ahora quiere ver si le salió bien y cómo reacciona una de verdad. (...) No, no te estoy tomando el pelo. (...) ¡Oye, que tengo aquí delante a su compañera!

JACQUELINE. ¡Ustedes me han preguntado qué es lo que le haría ilusión y yo se lo digo! Ahora, que si no quieren regalársela...

ARIAS. No, mujer, es que...

JACQUELINE. ¿Quiere que me ponga y se lo explico yo?

ARIAS. *(Tapando el auricular, a Jacqueline.)* No se moleste, que este es muy burro y no comprende nada. *(Al teléfono.)* ¿Qué, lo vas pillando? (...) Bueno, tampoco hay nada que entender: es arte moderno. (...) No, me temo que eso no. *(A Jacqueline.)* Dice que por qué no hace cosas que se entiendan. Ya le digo que es muy ceporro. *(Al teléfono.)* ¿El Partido te dice a ti lo que tienes que plantar en tu huerta? ¡Pues déjale entonces tú a él pintar como quiera!

JACQUELINE. Mire, ya tuvimos un buen lío con lo del retrato de Stalin, ¿eh? Así que mejor lo dejamos. Total, si no hace falta que el Partido Comunista le regale nada. A él con la cena después de la inauguración, le basta.

ARIAS. *(A Jacqueline.)* Que no, mujer, si esto lo arreglamos en un pispás. *(Al teléfono.)* Mira, mejor no entramos en polémicas artísticas, ¿eh? Vosotros a vuestras berzas y él a sus esculturas y todos tan contentos, ¿vale? Se lo cuentas al camarada jefe de asuntos agrícolas y que le encuentre una. Le ponéis una correa y la traéis la noche del banquete. *(Escucha un largo rato lo que el otro le dice por teléfono.)* No te preocupes, hombre, ya verás como sale bien. *(Cuelga. A Jacqueline.)* Este Valdés... Muy buena persona, muy valiente, pero bruto como un arado. Estuvo conmigo en el maquis. Antes habíamos luchado juntos, en la guerra de España.

JACQUELINE. *(Viendo por las ventanas de la barbería a Picasso que se acerca.)* Pero no le digan nada a él, ¿eh? Solo le hará ilusión si es una sorpresa.

Arias. ¡Vaya que si va a ser una sorpresa! ¡Y no solo para Picasso!

Se abre la puerta de la barbería y entra Picasso con un cartapacio grande. Besa a Jacqueline.

Arias. ¿Cómo está, Pablo?

Picasso. Pero, Arias, ¿hasta cuándo vas a seguir tratándome de usted?

Arias. Yo a usted no lo tutearé nunca.

Picasso. ¡Como si no nos conociéramos ya lo suficiente! Mira que te has empeñado, ¿eh?

Arias. Ya se lo dije. Tampoco hubiera tuteado a mi padre.

Picasso. No, si como a ti se te meta una cosa en la cabeza... Anda, ven a ver esto.

Arias. ¿Qué es?

Picasso. El cartel que les he hecho para el Congreso de los Pueblos por la Paz. Antes de enviarlo, quiero que me digas qué te parece a ti.

Picasso abre el cartapacio y muestra un enorme dibujo a Arias de modo que el espectador no pueda verlo. Arias se queda un rato mirándolo en silencio. Tanto, que Picasso termina por ponerse incómodo.

Picasso. ¿Y?

Arias. No sé, tendría que estudiarlo más.

Picasso. ¿Estudiar? ¿Qué coño hay que estudiar?

Arias. No sé, no termino de verlo.

Picasso. ¿No lo ves? ¡Pues ponte gafas!

Arias sigue estudiando un rato el cartel en silencio.

Picasso. No te gusta. Te parece un garabato.

Arias. Yo no he dicho eso.

Picasso. Pero no hay más que verte la cara.

Arias. Es muy moderno, sí...

Picasso. ¿Qué quiere decir que es muy moderno?

Arias. No sé, que no se entiende a la primera.

Picasso. ¡Entender, entender! ¿Desde cuándo una pintura es una demostración matemática? ¡Basta con que la sientas! ¿A ti te gusta o no?

Un momento de silencio mientras Arias sigue contemplando el cartel.

Arias. No sé.

Jacqueline. *(A Arias.)* ¿Usted sabe el trabajo que lleva esto y que Pablo lo ha hecho solo por ayudar a la causa?

Picasso. No te molestes, Jacqueline, está claro que con Arias no voy a hacer carrera.

Arias. Vamos a ver. ¿Esto que es? ¿Parte de la cara de una mujer o el cuerpo de la paloma?

Suena el teléfono en la barbería. Arias va a descolgar. Sus primeras réplicas al teléfono coinciden con la despedida de Jacqueline.

Jacqueline. *(A Picasso.) Au revoir, je viens te chercher dans une demi-heure. (A Arias.)* Adiós, Arias.

Picasso. No te olvides de los pigmentos.

Jacqueline. *Oui, Monseigneur, ne vous inquiétez pas. Au revoir.*

Mientras Arias está hablando por teléfono, Picasso apoya el dibujo de espaldas contra uno de los mostradores y se entretiene jugando con los instrumentos de cortar el pelo, en particular con una caja de madera donde Arias los guarda.

Arias. *(Al teléfono.) Salon de coiffure Arias, allô?* (...) *Salut, Antoinette.* (...) *Encore ? Mais qu'est-ce qu'il y a ?* (...) *Oui, oui.* (...) *Qu'ils ne s'inquiètent pas, je les appellerai, moi.* (...) *Oui, ce soir.* (...) *Et Luisa ?* (...) *(A Picasso.)* Deje eso, hombre. *(Al teléfono.) Mais dis-lui qu'elle ne s'inquiète pas, on fera tout ce que on pourra ! Oui, j'enverrai de l'argent. Et mon frère ?* (...) *Quand ? Mais...* (...) *(A Picasso.)* ¿Quiere dejar eso en paz? Con los útiles de trabajo no se juega. *(Al teléfono.) C'est maître Picasso, qui est ici à fouiller dans mes affaires. Bon, alors, elle ira à l'hôpital ou pas ?* (...) *Mais vraiment !*

A Picasso se le cae la caja al suelo, que se parte en pedazos.

Arias. *(A Picasso.)* ¡Ya la ha hecho! ¡Es usted peor que un niño! *(Al teléfono.) Bon, Antoinette, je te quitte, car maître Picasso a foutu mes outils ! (Cuelga.)* ¡Si es que no se le puede dejar solo un segundo! ¡Mire la que ha montado!

Picasso. *(Avergonzado, recogiendo los trozos.)* Tampoco es para tanto, hombre, ya te compraré otra.

Arias. ¡Pero es que no quiero otra caja! Esta era de marquetería española, la había tenido desde los tiempos de la guerra. Con ella me paseé por el frente del Ebro cortando el pelo. Quite, quite de ahí.

Arias, desconsolado, se pone a recoger los trozos que hay por el suelo, empujando a Picasso para que se quite de en medio.

Picasso. Y yo que creía que habías estado pegando tiros por la República.

Arias. *(Compungido, mirando los restos de la caja.)* Usted no se puede tomar nada en serio, ¿no?

Picasso. Bueno, hombre, mañana mismo nos tomamos un tren, cruzamos la frontera y te compramos otra.

Arias. Ya, y yo acabo en la cárcel y usted en los periódicos de medio mundo.

Picasso. Podríamos irnos hasta Barcelona y comernos una *escudella i carn d'olla*.

Arias. A veces parece que tiene usted cinco años.

Picasso. O nos tomamos unos churros con chocolate...

Arias. ¡Ande, no diga sandeces! ¿Sabe quién era? Mi mujer. Han llamado otra vez de mi familia, en España. Mi madre no va nada bien, la van a ingresar en un hospital. ¡Y yo aquí, sin poder ir a verla!

Picasso. Ya nos queda poco, Arias.

Arias. ¿Poco para qué?

Picasso. Franco no puede durar ya mucho. Volveremos, ya lo verás. Estoy seguro.

Arias. ¿Usted cree?

Picasso. Mira lo que te digo: muy pronto el *Guernica* colgará en el Prado.

Arias. Yo a veces pienso que no regresaremos nunca. ¿Y sabe lo que más rabia me da? Que mis hijos, mis nietos, sean todos franceses.

Ya llevo diecisiete años aquí y a veces no me acuerdo de palabras, o no sé cómo decir algo, o me parece que lo digo mejor en francés y me entra una congoja enorme.

PICASSO. A mí me pasa lo mismo.

ARIAS. ¿Sabe? Si digo «pera», por ejemplo, recuerdo aquellas peras amarillas, jugosas de mi juventud en Buitrago. Pero cuando digo «*poire*», lo que veo son estas peras raquíticas de acá, verdes y duras como piedras.

PICASSO. Arias, eres un poeta.

ARIAS. No, lo que soy es un iluso y un imbécil. Yo sé que tendría que sacarme la nacionalidad, no tendría problema, mi mujer es francesa. Pero qué quiere, no puedo, es una cosa sentimental. A mí nadie me dice que deje de ser español...

De repente, Picasso empieza a cantar, con un pésimo oído, «El emigrante», de Juanito Valderrama. Al principio, Arias se queda descolocado, pero luego se une a él y ambos terminan cantando, desafinados, a voz en cuello.

PICASSO y ARIAS. *(Cantan.) Adiós mi España querida, / dentro de mi alma te llevo metía, / y aunque soy un emigrante / jamás en la vida yo podré olvidarte...*

PICASSO. ¿Sabes lo del homenaje que me está organizando el ayuntamiento?

ARIAS. Algo he oído.

PICASSO. Les voy a pedir una corrida de verdad. ¿A que no sabes a quién quiero que traigan?

ARIAS. ¡A Ordóñez!

PICASSO. Tengamos la fiesta en paz, ¿eh?

ARIAS. O sea, que va a llamar al tirillas, ¿no? Pues no creo que quiera venir.

PICASSO. ¿Cómo que no?

ARIAS. Ese Dominguín es un señoritingo, no querrá venir a una plaza improvisada de un pueblo de tercera. ¡Y en Francia!

PICASSO. Vendrá al homenaje a Picasso, ya verás.

Arias. Como no le ponga de cebo a la Sofía Loren...

Picasso. He prometido pintarle un retrato.

Arias. Pero ¿lo conoce?

Picasso. Sí.

Arias. ¿Y por qué no me había dicho nada?

Picasso. ¿Te pregunto yo con quién te vas de juerga tú por Cannes?

Arias. Es que yo no me voy de juerga.

Picasso. Y si pudiera, te conseguía a Ordóñez, para que hiciesen un mano a mano.

Arias. ¡Me está saliendo usted todo un empresario! A ver si va a resultar que hasta tiene ganadería propia.

Picasso. No te diría yo que no la acabe teniendo. ¡Y una plaza de toros! ¿No sería magnífico?

Arias. Ande, ande, deje de desvariar.

Picasso. Así podría matar todos los toros que quisiera.

Arias. ¡Y dale!

Picasso. Los toros son lo único que nos queda de España, Arias. Y no es lo mismo. Estas corridas de aquí, sin *mise à mort*, son toreo de salón: no hay riesgo, no hay sangre, no hay vida.

Arias. Ya sabe que aquí está prohibido.

Picasso. Yo se lo voy a pedir al alcalde: o deja que maten a los toros o no hay homenaje.

Arias. Ande, ande, siéntese ahí. *(Indicándole el sillón de barbero.)* Y acabemos por hoy, que ya voy con retraso.

Picasso saca su botecito del bolsillo, lo deposita sobre el mostrador y va a sentarse en el sillón de barbero.

Picasso. Oye, Arias, y tú, ¿qué deporte practicas, que estás tan en forma?

Arias. ¿Yo? ¡La siesta! «Acostarse temprano y levantarse temprano hace al hombre más sano», dijo Benjamín Franklin.

Picasso. Lo que tú no sepas...

Arias. *(Tendiéndole un periódico.)* Ande, lea un poco, a ver si usted también se culturiza.